

EDUARDO TORELLO RAMIREZ.

ENSAYOS POÉTICOS.



ALMERIA 1899.

 de Orihuela y Magán en Liquidación

Puerta de Purchena.

ENSAYOS POÉTICOS.

EDUARDO TORELLO RAMIREZ.

Q-3456

ENSAYOS POÉTICOS.



ALMERIA 1899.

Tip. de Orihuela y Magán en Liquidación

Puerta de Purchena.





A MIS LECTORES.

PRÓLOGO.

Una fuerza gigante
Y de elocuencia suma,
Me hace tomar la pluma
Lleno de inmensa fé.
Qué eleve el pensamiento
A risueñas alturas,
Do las verdades puras
El espíritu vé.

No bastan en la tierra
Los bienes materiales
Para qué los mortales
Hallen felicidad.

Es también necesario
Pensar en lo del alma,
Para gozar de calma
Allá en la eternidad.

En la poesía se encuentran
Grandes inspiraciones,
Que nos lleva á regiones
Dó está el eterno ser.
Y en aquellos momentos
Queda el alma extasiada,
Cuando vé ilusionada
Su omnímódo poder.

La poesía sin maucilla
Siempre será en la vida
Antorcha bendecida
De fulgor inmortal.
No importa que los nécio
De pensamientos viles,
Ensalcen cual serviles
Lo grosero y venal.

Estos séres pequeños,
No ven que la poesía

Ornamento es del día
Gloria de la creación.
No ven que anima al hombre
Su colosal grandeza,
Que és fuente de belleza
Y fuente de ilusión.

En la pura mañana
De gentil primavera,
Nótase por dó quiera
La belleza surgir.
Y allá en el bosque umbroso,
Y en el Cármen ameno
De frescas rosas lleno
Estando á medio abrir.

Y allá en la mar salada,
En la mar bulliciosa
De magnitud pasmosa
Digna de contemplar.
Y en la noche, la luna
Del triste alentadora,
Se ve cómo señora
La tierra iluminar.

En todas partes dónde
Fijemos la mirada,
Parece entronizada
Llena de gracias mil.
La sociedad entera
Le tributa alabanza,
Y es ella la esperanza
Del génio varonil,

Sin ella, no habria fuentes,
Ni pájaros, ni flores,
Ni mágicos olores,
Penumbras ni verdor.
Ni luminar eterno,
Ni risueñas auroras,
Ni cántigas sonoras
De alegre trovador.

No tendrian aliciente
Las dotes del guerrero,
Que en el combate fiero
Muere por su nación.
Y en las demás empresas
Donde el hombre se inflama,

Brotar se vé la llama
De noble inspiración.

Para concluir, declaro
Que mis composiciones
Opuestas impresiones
De hijo han de causar.
Que habrá en ella lunares
De importancia notoria:
Que no aspiro á la gloria
Qué suele deslumbrar.

Así, del literato
Benevolencia espero,
Del crítico severo
De recto proceder.
Bien saben que las obras
De los hombres perecen.
De faltas adolecen
Son de escaso poder;

Y mucho mas las hechas
Por mi, vate infecundo,
Qué hora vive en el mundo

Sin protección real.
Pero desea que triunfen
Doctrinas salvadoras,
Fieles anunciadoras
Del bien Universal.

Si observo que á mis versos
Otorgan sus favores
Eruditos lectores
Modelos en lealtad;
Esto sería estímulo
Para que se agigante,
Mi espíritu anhelante
Que busca la verdad.

Con f3rvido entusiasmo
Proseguir3a cantando,
Lo sublime ensalzando
Que nos lleva al Ed3n.
Torrentes de armon3a
Brotar3n de mi lira,
Que en la raz3n se inspira
En el ansiado bien.

En los méritos grandes
Del Creador infinito,
Y el progreso bendito
De eficacia sin fin.
Ese agente divino,
Esa fúlgida aurora
Que salva triunfadora
El natural confin.

Entonces, ni el espacio
Ni las iras del viento,
Y ni el mar turbulento
Podránme intimidar.
El génio del poeta
De mil energías lleno,
No reconoce freno
Cuando quiere cantar.





CONSEJOS A UN AMIGO.

Me dices, querido amigo,
Que la hermosa Inés te amaba,
Y para ello se fundaba
En tu notoria honradez.
Que en tu semblante, sus ojos
Los fijó en cada momento,
Qué suspiros de contento
Por tí exhaló alguna vez.

Con entusiasmo afirmabas
Era buena en demasia,
Que la inconstancia no haria
A sus promesas faltar.
Que para tí el mundo entonces

Era un mundo de ventura,
A dó jamás la amargura
Vino tu dicha á turbar.

Mas luego triste, afligido,
Miro amigo tú semblante,
Y te pregunto al instante
La cáusa de tú aflicción.
Y tú, volviendo la vista
Hácia mí, lleno de anhelo
Me dices, qué desconsuelo,
¡Cuan triste está el corazón!

Inés mi única esperanza,
Por un motivo harto leve,
Como la ingrata se atreve
A ser infiel con mi amor.
La caprichosa fortuna
No es para ti favorable,
Y ésta es, dice la culpable
La causa de mi rigor.

Ufana la ví entre flores
En el jardín de la vida,

Y por sus gracias rendida,
Quedóse mi voluntad.
Más al tocarla, mirando
De cerca sus tintas puras,
En mi mano espinas duras
Se clavaron sin piedad.

Y aquellas dulces quimeras
Que en mi alma se albergaron,
De ella luego se alejaron
Con rapidez sin igual.
Cuanto mas se afana el hombre
Por alcanzar su ventura,
Es mas incierta y oscura
La suerte de su ideal.

Cesa ya tu justa queja:
Si fiaste en el cariño
Que á tú espíritu de niño
Tanto le hace padecer,
De aquí amigo en adelante
Deja los sueños de amores,
Si no ansias de sus rigores
Indigno juguete ser.

De tú amada las riquezas
Es el ideal preferente,
Es la pasión mas ardiente
Que en pecho humano surgió.
Y á la humildad, don sublime,
Del pobre fiel compañera,
Ella de extraña manera,
Siempre altiva despreció.

Si aparece en tú camino
Otra mujer linda y bella,
Que luce cual clara estrella
Entre nubes de arrebol;
Y te sientes fascinado
Por su mirar ardoroso,
Mas radiante y poderoso
Qué la luz del mismo Sol;

Si luego con paso leve
Vas á la fresca pradera,
Dó la hermosa primavera
Se ostenta ufana y gentil;
Dó se mueven dulcemente
Cristalinos arroyuelos,

Que retratan á los cielos,
A plantas y flores mil;

Y á la escarpada montaña,
Y al bosque umbrio y misterioso
Asilo fiel, amoroso
De la buscada quietud;
Y á la mar, que en dia tranquilo
Blandamente se dilata,
Cual vasto manto de plata
De colosal magnitud;

Y si en el bosque y la selva,
Si en la cascada imponente,
Si en el jardín y la fuente
Y en el espeso olivar,
Te persiguiera la imágen
De esa mujer peregrina,
Que cual Sífide y Ondina
Te hace de amor suspirar;

Y en un arranque sublime
De amoroso desvario
Te dijera, dueño mio,

Tú eres mi dulce ilusión.
Son para ti las mil gracias
De mi rostro enardecido,
Y el enérgico latido
De mi ardiente corazón.

Yo te amo, como las flores
Aman al Céfito suave,
Y como el pájaro sabe
Amar al poético Abril.
Te amo, como aman las plantas
Al murmurante arroyuelo,
Que dó quier lleva el consuelo
Y es la gala del pensil.

En esas dulces palabras,
La odiosa doblez se augura:
Tal vez no haya en su alma impura
Ni una centella de amor.
Sus miradas y sonrisas
Tal vez sean puras ficciones,
Tal vez sean sus ilusiones
Como del rayo el fulgor.

Por ésto, mi caro amigo,
No ames ya con mucho empeño,
Mira que todo es un sueño,
Sueño grato al parecer.
Sueño que lleva consigo
El despecho y los enojos,
Sueño en que lloran los ojos,
Sueño en que hay luto dó quier.





CANCIÓN DEL BARQUERO.

Ven, niña seductora,
Te aguardo en mi barquilla
Qué está junto á la orilla
Del mar batallador.
Deja el mullido lecho,
Y vénte placentera,
Dónde alegre te espera
Un dulce trovador.

Ven, que la mar se agita
Callada y dulcemente,
Ven, qué á tu pura frente
Bese el aura sutil.
Ven y verás cual surcan
Los mares procelosos,

Mil peces bulliciosos
Y de f3rma gentil.

Ven, y ver3s la aurora
Hermosa y refulgente
Por el rosado Oriente
Tranquila aparecer.
V3n y ver3s de l3jos
Las pl3cidas riberas,
A bosques y praderas
La tierra embellecer.

Ven y ver3s las naves
Tajando con sus proras
Las ondas bramadoras .
De la regi3n azul.
V3n, 3ngel de mis suefios,
La del mirar gracioso,
Y la del talle hermoso
Envuelto en leve tul.

T3s n3veas gratas formas
Y t3 mirar de fuego,
En m3 hacen brotar luego

La llama del amor.
Y á su pesar se llena
La mente de ilusiones,
Y forja otras mansiones
De aspecto arrobador.

Vén, y á mi presencia
Calmándose tu anhelo,
Recibirá consuelo
Tu puro corazón.
Y risueña, agradable,
Encontrarás la vida,
Y toda el alma henchida
De poética ilusión.

Por un momento, niña,
Aparta y dá al olvido,
Ese constante ruido
Qué apena en la ciudad.
Y entrando en mi barquilla
Amor sólo hallaremos,
Y del mar cruzaremos
La vasta inmensidad.



A FRANCIA

CON MOTIVO DE LOS RUMORES BELICOSOS (1)

Nación próspera, rica, pensadora.
Nación que en otro tiempo venturoso
Te hizo que fueras árbitra y señora
La espada de un guerrero poderoso.
Nación la de la enseña triunfadora
En el combate duro y peligroso,

(1) Esta composición en honor de Francia, la escribí en vida del Emperador Guillermo, el vencedor de Sedán, y en los momentos supremos en que las dos naciones rivales se hallaban violentas y dispuestas á medir sus armas en los revueltos campos de batalla. Por ésto me inspiré en sentido favorable á Francia, porque siempre me hé llevado por norma ponerme del lado del oprimido, condenando con toda la energía de mi alma la conducta altamente censurable de los opresores.

Quién de ardor y poder bélico llena
De gloria se cubrió en Marengo y Jena.

Tú, á la que el rudo Emperador Germano
No há mucho te humilló con sus rigores,
En su diestra blandiendo el hierro insano
Núncio de muerte, asolación y horrores.
Tú, la que por Bonaparte audaz tirano
Te ví sufrir amargos sinsabores,
Tús águilas altivas domeñadas,
Y villas y ciudades ultrajadas;

Tú, cuna de las caras libertades,
Espejo de la ciencia y el derecho
Qué en medio de revueltas tempestades
Fiera batallas con sereno pecho.
Tú, que opuesta á las torpes liviandades
De la injusticia afrontas el despecho,
Tú ahora admiración del Orbe entero,
Escucha ántes que llegue el trance fiero.

Antes de que el fragor de la batalla
Atrueene la region del vago viento,
Antes de que el cañón y la metralla

Lleve dó quier la muerte y desaliento.
Escúchame, qué nada puso valla
A mi génio que anima el sentimiento,
Mi génio franco, sin doblez alguna,
Que no aduló jamás á la fortuna.

Vé al anciano Guillermo el altanero
Como en silencio apresta sus legiones,
Pues el rayo de la gloria lisonjero
Creé seguirá de nuevo á sus pendones.
Vé á Maquiavelo, insigne marrullero
Atraerse á las despóticas naciones,
Por ver si ánte su empuje furibundo
Se hace pedazos el fanal del mundo.

Tú eres ¡oh Francia! ese fanal luciente
Que hora en la culta Europa centellea,
Y paladin osado y contundente
En el grandioso campo de la idea.
Del libre eres grátisimo aliciente,
En tu grandeza el alma se recrea,
Eres lo mas selecto de este suelo,
Y del esclavo el único consuelo.

Prepara ya tus ínclitos guerreros,
Y al escuchar la voz del fiero Márte
Ordénales esgriman sus aceros
Y al viento dén el bélico estandarte.
Que en la sangrienta lid sean los primeros,
Que perfeccionen de la guerra el arte,
Verás como al impulso de tu aliento
Cae la dura Germánia en el momento.

Guerra, dirán los montes elevados,
Guerra, la inquieta mar de monstruos llena,
Guerra la campiña y los collados
Guerra tambien el caudaloso Sena.
Guerra, dirán los vientos irritados
Y la oprimida Alsacia y la Lorena,
Guerra el volcan qué destrucción respira,
Guerra, dirán las cuerdas de mi lira.

Róbale al huracan el poderio,
El rudo empuje á los soberbios mares,
La ciega furia al desbordado rio,
A Tirteo sus belígeros cantares,
A fin de que tu ejército bravo
Se anime más y más, en los azares;

De ésta lucha tremenda, horror de Europa,
Y hunda en el polvo á la Germana tropa

Dile al Galo de inmenso patriotismo,
A ese génio indomable de la guerra
Dé muerte al oprovioso despotismo
Que en la imperial Berlin hora se encierra.
Del Hulano contrarreste el heroismo
Y sea ornamento y pasmo de la tierra,
Y vea yo ante su marcha victoriosa
Imperar la verdad maravillosa.

¡Ay! si venciera la Nación Germana
En Europa la fuerza se impondría,
Y la razón augusta y soberana
Ludibrio de los déspotas sería.
El derecho habria de ser palabra vana,
La justicia en el nombre existiría,
La hermosa luz, que la virtud fulgura
Empañaría al instante niebla impura.

Entonces, mi alma de la pena herida
Lamentaría la fuerza de los hados
Viendo pasar la miserable vida

Entre llantos y sombras y cuidados,
Hasta ver ya la antorcha bendecida
Del progreso en los pueblos ilustrados,
Y á si verian los débiles mortales
El fin de sus contiendas criminales.





AL TIEMPO.

Siempre me há preocupado tú carrera
Tiempo vertiginoso:
Siempre admiré tu brio,
Siempre te vi doquiera
Altivo, impetuoso,
Hacer uso de inmenso poderío
Para todo cambiarlo á tu albedrio.

 Mi ardiente fantasia
Llena de noble anhelo
Tú mágico poder cantar procura,
Y dirije hacia ti su presto vuelo.
Y en tú obra se extasia
Al mirarte triunfante
A impulsos de tu aliento de gigante.

Un día viste á la tierra convertida
En un volcan hirviente
Que lanzaba terribles llamaradas:
Contrario era la vida
Su aspecto incandescente,
Y solo habia regiones desoladas
Al dolor y á la muerte condenadas.

Tú viste las tinieblas que envolvieron
En esa época al mundo,
Y qué cien mil tormentas destructoras
Por dó quiera surgieron.
Y el flamígero rayo furibundo
Hacia ver sin cesar á todas horas
Escenas en extremo aterradoras

Y al ver al Orbe en lastimoso, estado
Advertiste que Dios, sumo imperante
Le dijo á los volcanes y á los vientos:
«Vuestro aspecto irritado
«De poner al instante,
«Quiero echar de la tierra los cimientos
«Enfrenando los rudos elementos.

Y aparece en seguida el bosque umbroso
Y la feraz llanura,
Y el fresco cespèd en el valle ameno,
Y el arroyo fugaz y sonoroso
Por entre inmensos campos de verdura,
Y luego el hombre, de ilusiones lleno,
De bello aspecto, de mirar sereno.

En su frente espaciosa
Resplandecia el ingenio peregrino.
Su clara inteligencia
Hízole rey de la creación hermosa,
Fué su único destino
El demostrar su rara competencia
En el valioso campo de la ciencia.

Lleno de noble afan, de orgullo vano,
Se le vió alzar ciudades
Do surgieron palacios suntuosos
Testigos de su ingenio soberano
Y eterna admiración de las edades,
Do habitaban monarcas poderosos
A quien seguian ejércitos copiosos.

Tú imagen de Saturno infatigable
Llegaste á ver Semíramis la bella
Subir de Babilonia al trono impuro.
Semíramis, de espíritu indomable
Y refulgente estrella
Que de Bactria humilló el soberbio muro,
Y al rey de Armenia en el combate duro.

Tú viste la ciudad maravillosa
Cuna de los placeres
Y terror de naciones respetadas:
Tú la viste orgullosa
Con sus bellas mujeres
Y sus blancas moradas
De régias y magníficas portadas.

Viste su templo dedicado á Belo
Prototipo en belleza,
De lujo sorprendente;
Tú viste fué la reina de este suelo
Tú viste su grandeza,
Y que ante ella el más bravo del Oriente
Doblaba humilde la soberbia frente.

Tú viste como hundióse en el abismo
Tan excelsa matrona:
Y de su justa gloria,
De su antiguo heroísmo
Que la historia pregona,
Y de aquella grandeza transitoria
Sólo hay vestigios de inmortal memoria.

Asi en estas mansiones
Se muestra el alma humana acongojada:
Alli el chacal hambriento
Frecuenta los salones
Que á los reyes sirvieron de morada:
Alli suena el acento
Del Leon que turba la región del viento.

Viste á la magna Tebas floreciente
En tiempos de Sesostris celebrado,
Esa ciudad, asombro del viajero
Cuya orgullosa frente
En la Arena de Libia se hubo alzado,
Y cuyo arrojo fiero
Humilló en dura lid al extranjero.

Cistòforas hermosas

Entonaban armónicos cantares
En sus templos de formas elegantes,
De graníticas naves misteriosas,
Do fieles á millares
Iban á orar en todos los instantes
Atraídos por bellezas incitantes.

Hora se ven por tierra mil colosos
En aquellas regiones funerarias,
Geroglíficos, bases de la ciencia,
Sarcófagos de reyes poderosos
Y columnas y esfinges solitarias,
Restos de la Faraónica opulencia
Que hora azotan los aires con violencia.

Tú viste las Pirámides alzarse,
Esas grandes montañas
Por la mano del hombre fabricadas,
Dó los reyes corrian á sepultarse
En sus hondas entrañas,
Y son del mundo entero celebradas
Y de siglos y siglos respetadas.

Viste á Roma, ese pueblo de gigantes
Y pasmo de la tierra
Lanzando por dó quiera sus legiones,
Y mostrarse feroces y arrogantes
En las épocas duras de la guerra,
Tú viste á sus pendones
Humillando otras bélicas naciones.

Viste á pueblos y reyes
Seguir temblando el carro victorioso
De los hijos de Rómulo altaneros:
Viste aceptar sus leyes
Al Íbero de espíritu animoso,
Y apenas domeñaron sus aceros
Del Orbe los mas ínclitos guerreros.

Tú viste nuevos pueblos, nuevas gentes
Surgiendo de la nada,
Y gozar y vivir solo un segundo
Los míseros vivientes,
Y de la tumba helada
Descender enseguida al seno inmundo
Llenando de pesar el ancho mundo.

El poder, las riquezas,
Las pasiones insanas,
De la vírgen los sueños de ventura,
Del héroe las proezas,
Del génio las creaciones soberanas,
De altivos réyes la ambición impura,
De marmóreos palacios la hermosura;

Todo cae por el suelo
Ante el impulso de tu audaz empeño:
Y es todo polvo, nada,
Y sufre el alma amargo desconsuelo,
Al ver que en esta vida todo es sueño,
Y que la humanidad desventurada
Esta á segura muerte condenada.

Quisiera acompañarte en tú camino,
Y estudiar lo que hubiera progresado
El hombre, en las edades venideras:
Ver cual era el destino
Del Orbe á los azares entregado,
Y contigo volar á otras esferas
En busca de ilusiones placenteras.

Quisiera fuera eterna mi existencia:
Vería entonces las mil evoluciones
Que el porvenir encierra,
Y la virilidad y prepotencia
De otras generaciones,
Que se harán sin cesar tremenda guerra
Por querer ser las dueñas de la tierra.

Pero ¡ay! yo moriré, y eternamente
Rodando seguirás por el vacío,
Peñas y ruinas por dó quier sembrando
Entre la humana gente
Con tú furor impio,
E irás desvaratando
Los mil planes que el hombre vá trazando.

Yo sometido á ti en este momento
Me lleno de pesares,
Y el negro porvenir que hora me espera
Con amargura sin cesar lamento,
Y tú en tanto, al rumor de mis cantares
Sigues marchando por la azul esfera,
Sin que nada limite tu carrera.



A GRANADA.

Cuando por la vez primera
Pisé el suelo de Granada,
Quedó mi alma ilusionada
Al mirar su aire gentil.
Vi en su Alhambra deliciosa
El vergel de los amores:
En ella vi gallas flores
Ser adorno del pensil.

Su bosque de erguidos olmos
Es recreo del pensamiento,
Allí resuena el acento
Del canoro ruiseñor.
Allí el vate se impresiona
Y entona dulces canciones:
Allí busca inspiraciones,
Allí sueña en el amor.

Vé allí poéticos jardines,
Vé allí ufanas mariposas,
Vé allí fuentes bulliciosas
El suelo fertilizar.
Vé á su magnífica vega
Justamente renombrada,
De riqueza inusitada
Que no es fácil valorar.

Vé á la torre de la Vela,
Desde la cual se domina
A la ciudad peregrina
Y á cien pueblos á la vez
Vé al palacio Castellano
Del rey Don Carlos primero,
Asombro del extranjero,
De la Iberia orgullo y prez.

Vé al Árabe monumento,
Ese mágico tesoro
Invención del génio moro
Para gloria de Alhamar.
Y ve llena su techumbre
De alegóricos primores:

Vé sus brillantes colores
Que nadie podrá imitar.

Vé al galan Jeneralife
Albergue de la poesia,
Donde se aspira ambrosia,
Dò abunda el rico laurel.
Dónde hay lindos saltadores
De agua cristalina y pura:
Dónde reina la ventura.
Por la cual sueña el infiel.

Estos centros de belleza,
Traen del hombre á la memoria
La grata, sabrosa historia,
De Alhamar y de Boabdil.
El primero puso á raya
A las armas de Castilla:
Mas el segundo se humilla
Ante el cristiano viril.

Al verte hermosa Granada,
Me acordé de tus guerreros
Esgrimiendo los aceros

Llenos de hélico afan.
Recordé á tu Media Luna
Por el Ibero abatida,
Miré á tú hueste vencida
En defensa del Corán.

Yo recordé tus hazañas,
Yo recordé tus laureles,
Y tus apuestos donceles
Cuya norma era el valor.
Recordé las bellas galas
De tus graciosas mujeres:
Sus devaneos, sus placeres,
Y sus cántigas de amor.

Por eso ciudad bendita,
Al recordar tu pasado,
Veo á mi génio iluminado
Por la sábia inspiración.
Y por esto yo proclamo
Ante el Orbe tu grandeza:
Por ello á tu gentileza
Rindo eterna admiración.



LA PRIMAVERA.

Me agrada la Primavera
Por sus mágicos olores,
Por qué se ostentan dó quiera
Multitud de gallas flores.

Me agrada escuchar el canto
Del ruiseñor venturoso,
Ese verdadero encanto
Del bosque maravilloso.

Me agrada el risueño prado,
Ese manto de verdura
Ricamente iluminado
Por el Sol de llama pura.

Y me agrada el movimiento
Del arroyo cristalino,
Su dulce, rítmico acento,
Casi de origen divino.

Así es que la mente humana
Goza al mirar tu hermosura,
Y vé en la estación galana
Un manantial de ventura.

Así en cada instante admira
Sus notorias perfecciones:
Así es que en ellas se inspira
Y alienta sus ilusiones.

Quisiera verte exhibiendo
Eternamente tus galas,
Del Aquilon resistiendo
Las imperceptibles alas.

Entonces feliz sería:
Vería entonces complaciente
Esta época de alegría
En placeres elocuente.

Más el invierno sombrío
Que todo lo desordena,
La destroza con su brio,
Con su aliento que envenena.

Entonces, desaparecen
Del árbol las verdes ojas,
Los pájaros enmudecen
Y experimentan congojas

Entonces, en este suelo
Se pierde la grata calma,
Entonces, el desconsuelo
Es un tormento del alma.

Por eso yo te bendigo
Estación de los amores:
Por esto sueño contigo,
Por esto pienso en tus flores.





DIÁLOGO ENTRE LA JÓVEN Y LA VIEJA.

LA JÓVEN.

¿Por que abuela la tristeza
Veo en tu arrugado semblante,
Y la nevada cabeza
Bajas de instante en instante?

¿No ves que el tiempo convida
A gozar de la hermosura?
¿No ves cual grata es la vida?
¿Y no ves cual se apresura.

El alma de amor ufana
A recrearse en las flores,
Y en la pradera lozana
Dónde hay sublimes primores?

Todo es placer y contento,
Galanura y gentileza:
Dó quier halla el pensamiento
Un talisman de belleza.

Mis admirables cabellos,
Mí sonrisa arrobadora,
De mis ojos los destellos
Y mi faz encantadora,

Mi altiva frente espaciosa,
Mi seno blanco, turgente,
Mi elocuencia candorosa
Y mi airoso continente;

Todas estas perfecciones
De amor encienden el fuego,
Y en el hombre las pasiones
Con mi aspecto avivo luego.

Yo siento un amor profundo,
Amor puro, generoso,
Único goce fecundo
Que brinda el mundo engañoso,

Y mi ardiente fantasía
Ve dó quier sueños dorados,
Ve juventud, alegría,
Ve mancebos agraciados

Que á mi espíritu ilusionan,
Y el amor á todas horas
Delante de mi pregonan
Con frases arrobadoras.

¿Cómo puedo comprender
Que en este mundo halla penas,
Si disfruto á manos llenas
Y todo ánte mi es placer?

¿Si entre nubes de oro y grana
Allá miro en lontananza
Presentárseme el mañana
Risueño cual la esperanza?

Aunque el tiempo osado vuela
No me traerà desengaños,
Ni enfriará mi ardor abuela
El brabio mar de los años,

Tréguas dá á tu amargo duelo
Y á tu constante aflicción,
Porque aun hallará consuelo
Tu insensible corazón.

LA VIEJA.

Ese tú afanar ardiente,
Te hace ver ¡oh jóven bella!
Que la vida es sol luciente
O clara y vívida estrella,

Que de la tierra el camino
Con su pura luz argenta,
Y halagüeño su destino
A la vista se presenta.

Mas ¡ay niña desdichada!
Sólo hay ventura en el nombre,
Pero tu alma ilusionada
De tal cosa no se asombre;

Que verás á la fortuna
Te amargará en el instante,
Y la vejez, importuna
Vendrá á pasos de gigante.

Verás entonces el cielo
De negras nubes poblado,
Y convertirse éste suelo
En vasto mar irritado:

Y las aguas torrenciales
Inundarán la llanura,
Y llevarán dó quier males
Y dó quier la desventura.

Y quedarán los vergeles
Mústios, tristes, desolados,
Y jazmin rosa y claveles
En el légamo enterrados.

Y el huracan poderoso
Azotará la montaña,
Y caerá el árbol frondoso
Al impulso de su saña.

Y tú espíritu inocente
Se llenará de tristeza,
Al ver que el tiempo inclemente
Dejó al campo sin belleza.

Esta es la vejez, tormenta,
Que hace al hombre horrible daño,
Es la que el placer aullenta,
Es la que trae el desengaño.

Ya verás tierna criatura
Como es todo una mentira,
Llanto tristeza, amargura,
Y que hastio la vida inspira.

Así modera algún tanto
Ese juvenil delirio,
Que luego viene el quebranto
A darte crudo martirio.

Tu verás como la venda
Cae enseguida de tus ojos,
Y verás estrecha senda
Llena de espinas y abrojos.

Y cuando tengas la herida
Allá en el fondo del alma,
Renegarás de la vida
Que te hará perder la calma.

Luz, aromas y colores,
La ilusión que te enloquece.
La esperanza, los amores,
Y cuanto el hombre apetece;

Todo es sombra, todo sueño,
Que al despertar causa enojos,
Y no vé tu loco empeño
Que hay solo llanto en los ojos.

Y no ve que luego avanza
La muerte con paso lento,
Y nos quita la esperanza
Y la vida en un momento.

LA JÓVEN.

No me llenes abuela de amargura
Con tan tristes y amargas reflexiones,
Déjale rienda suelta á la ventura
Y no mates mis gratas ilusiones.

Tu mente por el tiempo conturvada
Y tu cabeza de razón vacía,
Te hacen ver que la vida es polvo, nada,
Y véote muerta, demudada y fría.

No hago caso de fútiles consejos,
Yo considero el goce como eterno,
Y si apreciara la opinión de viejos
Me lanzaria el dolor al hondo Averno.

La vida pues que la ilusión colora
Sin un momento desmayar gozamos,
Y si algun dia la pena nos devora
Entonces, vieja débil, lloraremos.

Hora en danzas y cantos y festines
Doy pávulo á mi loco devaneo,

Y veo doquiera fuentes y jardines,
Y juventud y amor do quiera veo.

Vendrá el verano y el invierno frío,
Pasará un año, un lustro, un siglo entero,
Y no se amenguará mi noble brio
Y todo será grato y lisonjero.

Aléjate al instante de mi lado
Mujer caduca, tornadiza y loca:
Ya no puedo mirarte con agrado,
Que odio á la vida tu frialdad provoca.

LA VIEJA.

La fatal inesperienza
Te hace hablar de esta manera:
Asi jóven altanera
Dále gusto al corazón.
Que tal vez presto el destino
Se muestre contigo huracán,
Y hallarás el desengaño
En brazos de la ilusión.



LA BAYADERA.

Simpática Bayadera:
Bayadera deliciosa
De hermoso color de rosa
De mirada celestial.
Bayadera inimitable
De sonrisa alentadora,
De apostura seductora
Sublime y angelical.

El candor en ti se nota,
Y tus raras perfecciones
Conmueven los corazones
Y los inclina al amor.
La Pagoda misteriosa
Es bella Huri tu morada:

En ella estás consagrada
Al sempiterno Hacedor.

En sus magníficas naves
Diestramente modeladas,
Se ven obras renombradas
Que engendran la inspiración.
Tú allí humilde Bayadera
Sin que te aflijan pesares,
Entonas dulces cantares
Llena de noble ilusión.

Allí el pensamiento elevas.
Sin cesar al alto cielo:
Allí te alienta el consuelo,
Allí ves tu porvenir.
Allí el fervor religioso
Al parecer te domina:
Allí joven peregrina
Crees tu dicha percibir.

Mas, luego el Brahaman osado
Hacia ti llega insolente,
Y mancha tu pura frente

Con su aliento criminal
Alli abusa de tus gracias,
Alli inclinas la cabeza
Rindiéndote á su impureza
De una manera fatal.

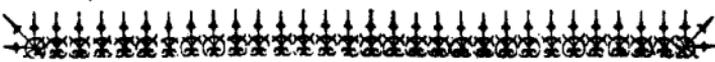
Deja presto esos lugares
Donde el impudor se agita:
Déjalos niña bonita
Que no te arrepentirás.
Márchate al risueño valle
O á la campiña florida:
Alli es más grata la vida,
Alli niña gozarás.

Habitan alli mancebos
De proverbial hidalguia,
Que al mirar tú gallardia
Ufanos te buscarán.
Poseen cuantiosas fortunas,
Estan en la edad de amores,
Ellos coronas de flores
A tu frente ceñirán.

Quién elijas ha de ser
Dueño de tu corazón,
Con el hallarás placer,
Con el tendrás ilusión.

El romperá tus cadenas:
El premiará tu hermosura:
El te dará á manos llenas
Amor, glorias y ventura.





A NAPOLEÓN PRIMERO.

Era un talento profundo:
Era el árbitro en la tierra:
Era en empresas fecundo:
Era el génio de la guerra.

Por dó quiera sus legiones
En busca iban de la gloria:
Por dò quiera sus pendones
Anunciaban la victoria.

Sus cañones poderosos
A Europa dictaban leyes:
El los planes belicosos
Enfrenaba de los reyes.

Yena y Arcole admiraron
De sus tropas la bravura,
Allí una gloria alcanzaron
Que las llenó de ventura.

Por obtener más laureles
Se lanzó á la mar undosa
Llevando en prestos bageles
A su legión orgullosa.

A impulsos de su ardimiento
Y de su orgullo altanero,
Tubo el audaz pensamiento
De humillar al Orbe entero.

Esta ambición desmedida
Neutralizó su grandeza:
Así es que la Europa unida
Le hizo inclinar la cabeza.

Y al final quedó vencido
Y lleno de amarga pena,
Y á una prisión reducido
En la Isla de Santa Elena.

Alli á sólas contemplaba
De su historia los azares:
Alli triste recordaba
Sus hazañas militares.

Alli advirtió su alma herida
Del mundo las vanas glorias:
Vió la ficción de la vida,
Vió eran humo sus victorias.

Quando ántes en su camino
Nada resistió á su empeño;
Quando el voluble destino
Se le mostraba halagueño;

Entonces ¡ay! lo ensalzaban,
Y nubes de hermosas flores
Ante su paso arrojaban
Temiéndole á sus rigores.

Más al verle en la prisión
Triste, débil, abatido,
Ínspiraba compasión
Este guerrero temido.

Entonces le despreciaron
Al notar su decaimiento,
Entonces ¡ay! le insultaron
Con notorio atrevimiento.

Esto nos dá á conocer
Que en la vida transitoria,
Es efímero el poder
Y sólo un sueño la gloria.





A UNA FLOR.

Flor hermosa, flor lozana,
Flor de espléndidos colores,
De aromáticos olores
Y ornamento del pensil.
Flor purísima y temprana;
La risueña primavera
Te vé en la fresca pradera
Luciendo en tallo gentil.

Flor delicia de éste suelo:
Las canoras golondrinas
De las playas Argelinas
Vienen contigo á jugar.
El murmurante arroyuelo
Al mirar tu galanura,

Desea con su linfa pura
Tu existencia prolongar.

Y la brisa cadenciosa
Te saluda á todas horas,
Las abejas zumbadoras
De tu esencia obtienen miel.
La pintada mariposa
Ufana en ti se recrea,
Y por ti se enseñoera
En el poético vergel.

Mas ¡oh flor! tanta belleza,
Tal fragancia y gallardia,
Dura solo un breve dia
Cede del tiempo al rigor.
Nada ataja su hereza,
A tus hojas arrebatá,
Y contra ti se desata
El Aquilon bramador.

Y tus galas esparcidas
En círculos veo se mecen,
Y al final desaparecen

En la vasta inmensidad.
Y las gentes conmovidas
Al ver tu desgracia lloran,
Y á cada instante deploran
La fatal adversidad.

Asi flor de ricos dones
La de vanidad notoria,
No larga vida pregones:
Que harán tu dicha ilusoria
Los soberbios Aquilones.





AL MAR.

Yo frecuenté muchas veces
A tus plácidas riberas,
E impresiones lisonjeras
Al mirarte recibí.
En tu líquida llanura
Atónito me fijaba,
Y tu mérito ensalzaba
Y mil veces pensé en ti

Vi ufano deslizándose
Sobre tu cerulia frente,
Al céfiro dulcemente
Y exhalar grato rumor.
Y vi la humilde barquilla
Hollando audaz las espumas,

Y perderse entre las brumas
De purpurino color.

Y escuché el canto sonoro
Del intrépido marino,
Que fué su único destino
Y su afición navegar.
Y al pescador inocente
Buscando el rico alimento
En el húmedo elemento
Sin temor á naufragar.

¡Cuantas veces he admirado
Tu belleza prodigiosa!
¡Cuantas veces mar undosa
Tu pura brisa aspiré!
¡Y cuantas veces la aurora
De limpio color de grana,
En la risueña mañana
Afanoso contemplé!

¡Cuantas veces el espanto
Vi se apoderó del alma,
Y perdí la grata calma

Al oírte fiero rugir!
¡Y cuantas veces tus olas
Arrastradas por el viento,
Las miré en cada momento
Ante mis plantas morir!

Y surgir en lontananza
A naves de gran potencia,
Luchando por la existencia
Con la dura tempestad.
Y á los bravos tripulantes
Respirando amargo duelo,
Y dirigiéndose al cielo
Implorando la piedad.

Y proseguir la tormenta
Dó quier llevando el espanto,
Y la embarcación en tanto
Sus embates desafia,
Hasta que al fin sumerjida
Quedó en tu profundo seno,
Revolcándose en el cieno
Ya en la postrer agonía.

Mil osados navegantes
Buscando el oro halagüeño
Pusieron todo su empeño
En aumentar su poder;
Y despreciando el peligro
Tus dominios invadieron,
Y en tus antros se escondieron
Para nunca más volver.

Y tesoros de importancia
Habrá allí depositados,
Y bajeles destrozados
Inspirando compasión
Y muchos seres humanos
De varias generaciones,
Hallaron en tus mansiones
Valladar á la ambición.

Tu viste un día en Trafalgar
Las escuadras poderosas
De dos naciones gloriosas
Luchando con noble ardor.
Tu viste la sangre humana
Teñirte de color rojo,

Tu admirastes el arrojó
Del Hispano luchador.

Tu oíste las voces de mando
De los bravos capitanes
Consagrando sus afanes
A una empresa colosal.
Tu viste allí los Iberos
De condición aguerrida,
Perder gozosos la vida
Por su nación inmortal.

En Salamina, en Lepanto
Viste á indomables guerreros
Esgrimiendo los aceros
En ruda lid pertinaz.
Viste la muerte cerniendo
Sus negras alas dó quiera,
Tu la vistes altanera
Ejercer su imperio audaz

Y otras luchas presenciaste
Allá en épocas lejanas,
Dó las pasiones humanas

Estaban en plenitud.
Y de estos hechos gloriosos
Leves recuerdos quedaron,
Y a su grandeza eclipsaron
Tu colosal magnitud.

De entonces, mar proceloso,
Tu gran poder no ha cambiado,
Ni la cólera has dejado
Que el estrago lleva en pós.
Y los años que envejecen
Por ti pasaron en vano,
Siempre tu eco soberano
Llegó do está el mismo Dios

¿Seguirás eternamente
Mar turbulento, iracundo,
Conturbando el ancho mundo
Lleno de implacable afán?
¿Proseguirás atronando
El espacio á todas horas,
Y tus ondas bramadoras,
Su vigor no enfrenarán?

¿A los débiles mortales
De espíritu luminoso,
A tu seno misterioso
Atrevido aun llevarás?
Y sus planes de grandeza,
Sus ilusiones doradas,
A lo mejor sepultadas
En tus abismos verás?

Si: en los tiempos venideros
Estarás de igual manera
Mostrando tu saña fiera
A la absorta humanidad.
Y no habrá fuerzas algunas
Enfrenen el poderio
De tu indómito albedrio,
¡Oh rey de la inmensidad!

Solo humillará tu orgullo
Jehová, rey de las alturas
Que observa tus aventuras
Y se rie de tu poder.
Y en cierto supremo instante
Ante órdenes superiores,

Limitarás tus rigores
Y tendrás que obedecer.

Llegará un día en que la tierra
Ya de funcionar cansada
Aparezca destrozada
En el espacio sin fin.
Y sus fragmentos errantes
Por dó quiera marcharian,
Y á su pesár llegarían
De otros Orbes al confín.

Entonces mar, tu grandeza
Sería una cosa ilusoria,
Y de tu fama y tu gloria
No habría ya nada tal vez.
Ya no se oirían tus bramidos:
Ya en la cristalina esfera
Habría silencio dó quiera
Y cedería tu altivez.





EL HIJO DEL DESIERTO.

Nací en humilde cabaña
Bajo de un árbol frondoso,
Junto al oasis delicioso
Recreo de la soledad.
Los violentos huracanes
Que soplan frecuentemente,
Besan mi curtida frente,
Alientan mi actividad.

Es la caza mi elemento:
En sus oscuras guaridas
Busco á las fieras temidas
Encarnación del valor.
Y las venzo en la contienda,
Y ceden ánte mi empeño,

Y me dejan ser el dueño
Del páramo abrasador.

Montado en brioso caballo
Realizo mis aventuras
En las cálidas llanuras
Sin valla á mi frenesí.
Y nada me atemoriza;
Está á mi carrera abierto
El infecundo desierto
A quién nunca aborreci.

Yo vivo sin pena alguna
Sin magistrados, ni reyes,
No sujetándome á leyes
Emblema de la opresión.
Yo dispongo á mi albedrío:
Yo de espíritu salvaje
Jamás tolero el ultraje
Aunque éste fuera en razón.

En la noche silenciosa
Yo me guio por las estrellas,
Esas luminarias bellas

De asombrosa magnitud.
Y el Sol, el astro sublime
De vívidos resplandores,
Agiganta mis rigores
Dándome vida y salud.

No tengo las ambiciones
De la gente afeminada
A los goces consagrada
En los centros del saber.
A pesar de sus victorias
Viven llenas de tormento,
Por faltar al cumplimiento
De algún sagrado deber.

Observo no me seducen
Los renombrados palacios,
Los brillantes, los **topacios,**
Ni el oro, rico metal.
Y que aturden mi cabeza
Las ciudades poderosas,
Donde hay gentes orgullosas
Con lujo fenomenal.

En mi vida se ha notado
Que me abata la amargura,
Porque fundo la ventura
En la digna sencillez.
Se reducen mis afanes
Al sustento de mis hijos,
Esos vástagos prolijos
De la vejez el sostén.

No envidio vuestra cultura
¡Oh pueblos civilizados!
A la ficción avezados
Faltos de moralidad.
A mi el rústico desierto
Me cautiva, me enamora,
El desierto que avalora
Mi dicha en su inmensidad.



AL PROGRESO.

A ti, luminar del mundo,
A ti, esencia de la vida,
A ti del mortal egida
Invencible luchador.
A ti progreso fecundo,
Pura fuente de consuelo,
A ti, espejo de este suelo
E imagen del Hacedor;

A ti hora elevo mi acento
Pues veo se inspira en tu gloria,
A ti, gigante en la historia
Del espíritu ilusión.
En ti no veo el desaliento,
Tu grandeza me confunde,

Ella dó quiera difunde.
La divina inspiración

En las edades lejanas
Ignorancia crasa habia,
Y al universo envolvía
Densa niebla á su pesar.
Las sociedades humanas
Marchaban á la ventura:
Ni aun de lejos la cultura
Podía el hombre vislumbrar.

Y en la rústica cabaña
Aquel moraba tranquilo,
En este modesto asilo
Donde se anida la paz.
El mar que la tierra baña,
La pradera deliciosa
Y la verde selva umbrosa
Eran su grato solaz.

El con la flecha ligera
Afanoso batallaba,
Y á veces intimidaba

Hasta el tigre en el breñal.
El surcaba la mar fiera,
Henchido de noble empeño,
En débil, en fragil leño,
Sin temor al vendabal.

La barbárie, la osadia
Imperó luego en la tierra,
Y el ronco grito de guerra
Se escuchaba por dó quier.
La sangre á mares vertia
El guerrero en la batalla,
Y nada poníale valla
A su indómito poder.

Y las pasiones brutales
Estaban en su apogeo,
Y el virtuoso era un pigmeo
Ante el mal universal.
Los mas bravos é inmorales
Puesto digno reclamaban,
Y con ardor ensalzaban
Lo que en si era criminal.

Época dura, sangrienta,
Y sólo de atraso emblema,
Do el ódio era ley suprema,
Donde no habia caridad.
I do el error que atormenta
Mataba la inteligencia,
Donde era un mito la ciencia
Y mentira la verdad.

Con la estupidez grosera
Batalló como un gigante,
Hallando freno constante
La victoria en que soñó.
Más su genio prepondera,
Nada enfrena su energia,
Y llega el ansiado día
En que la valla salvo.

Y es que surge denodado
El progreso lisonjero,
El que ilustra al Orbe entero
Y llega hasta su confin.
Por su mérito alentado
Saca al hombre de la financia,

Y fustiga la ignorancia
Y confía el ponerle fin.

El obedece el mandato
Que el Eterno le impusiera,
Y en su gloriosa carrera
Derrama puro fulgor.
Y al déspota sin recato
El le hace fuñdada guerra,
Neutralizando en la tierra
Su tiránico rigor.

Del orbe haciendose dueño
El génio libre aparece,
Y en la esfera resplandece
Como un hermoso fanal.
Y no le intimida el ceño
De los seres inhumanos
Que con sus actos villanos
Escarnecen la moral.

El Siervo, oprobio en un dia
Del mundo civilizado,
Siempre al terruño apegado

Y esclavo de su deber;
Por rehuir la tiranía
De los altivos feudales,
Esos tipos inmorales
Que abusaban del poder;

Con arranque sobrehumano
Que la justa causa alienta,
Procura vengar la afrenta
Que le infiriera el señor.
Y blandiendo el hierro insano
Proclama la independenciam,
Y al fin doma la insolencia
Del repugnante opresor.

Hora el derecho de gentes
Perdió su antigua rudeza,
Y á surgir el bien empieza
Símbolo de redención.
Las naciones florecientes
Ya se miran como hermanas,
Y las pasiones insanas
Dejan plaza á la razón.

Y la ciencia bienhechora,
La ciencia que luces vierte,
A todo el mundo convierte
En el emporio del bien.
La ciencia consoladora
Que constantemente avanza,
Al puerto de la bonanza
Donde está el risueño Edén.

El vapor, nave arrogante,
Cual pájaro osado vuela,
Y deja límpida estela
Allá en la región azul.
Y sigue, sigue adelante,
Y en su marcha presurosa
Se impone á la mar undosa
A quien dá lustre Estambul.

Y atraviesa las montañas
La férrea locomotora,
Y es del espacio señora
Por su gran celeridad.
A las regiones extrañas
Lleva la grata alegría,

Y despierta la energía
En el campo y la ciudad.

El telégrafo y la Imprenta
Y otras sábias invenciones,
Hacen ver á las naciones
Su brillante porvenir.
La esperanza al hombre alienta,
Y espera los días mejores
Dó sin penas ni dolores
Se podrá tal vez vivir.

El progreso, ley de vida,
Solo es la causa notoria
De que obtenga la victoria
El espíritu inmortal.
Al que nada le intimida,
Al de noble pensamiento,
Al que busca su elemento
En el triunfo Universal.

Y seguirá batallando
Por los siglos venideros,
Y para siempre sus fueros

La verdad recobrará.
Esta irá desarrollando
La ventura en su camino.
De los hombres el destino
Mas halagüeño será.

A los débiles mortales
La negra muerte arrebató,
Y sus planes desvarata
Con arrogancia feroz,
Los imperios colosales
Caen al suelo en el instante,
Ante el arriete gigante
Del tiempo osado y veloz.

Pero el progreso no muere,
Es eterno como el mundo:
El de un aliento fecundo,
La perfección lleva en pús.
Del cielo vino, y se infiere
Que su gloria nada empaña,
Y que dó quier le acompaña
Y le anima el mismo Dios.



A LA PRESUNTUOSA ADELA.

Confiada por demás en tu belleza,
En tus negros y poéticos cabellos,
En esa tu sublime gentileza
Y en tus ojos de vívidos destellos;

Confiada en la fortuna caprichosa,
En la edad juvenil propia de amores,
Miras la vida de color de rosa
Y vés marchando entre galanas flores.

Y has creído tal vez, que el orbe entero
Celebraría tu gracia peregrina,
Y que al hombre de espíritu severo
Lo habría de seducir tu faz divina,

Adela, yo te amé la vez primera
Que apareciste ufana en mi camino:
Aquesta aparición fué lisonjera
E influyó esencialmente en mi destino.

Allá en su noble ardor, la humana mente
Te proclamó la reina de este suelo,
Y vió lucir en tu serena frente
La aureola de los ángeles del cielo.

Tu Adela, me llenaste de ilusiones:
Me llegué á figurar niña preciosa
Eras un talisman de perfecciones,
Y áncora de esta vida tormentosa.

Más, de pronto, el corazón herido
Senti cuando observaba tu desvío,
Cuando ví no era ya correspondido
Mi cariño, mi loco desvario.

Luego cayó la venda de mis ojos
Al observar que todo era un engaño:
Con este error crecieron mis enojos
Y apareció el amargo desengaño.

La belleza fugaz es tu elemento,
Es la que sólo en tu favor abona:
Pero en ti falta la magia del talento
Según la fama universal pregonada.

Y la mujer modelo en experiencia
Es la que busca mi alma enardecida:
Mujer de una preclara inteligencia
Y que sepa alentarme en esta vida.

Mujer de sentimientos elevados,
De elocuencia viril y arrobadora,
Que dé amparo á los seres desgraciados
Y que llore también si alguno llora.

Una mujer sencilla, ilusionada,
Que en mí persona fije su alma pura:
Que yo observe el amor en su mirada
Y en sus purpúreos labios la ventura.

Mujer que sea una estrella luminosa,
Fuente sublime de eternal consuelo,
Mujer digna, en extremo cariñosa,
Prez y delicia del humano suelo,

Una mujer en la honrradez portento,
Que amenice la vida transitoria,
Una mujer que eleve el pensamiento
A las fúlgidas cimas de la gloria.

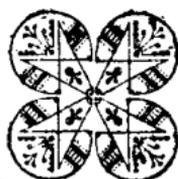
Una mujer que cante á la alborada,
A la brisa jugando entre las flores,
A la celeste bóveda estrellada
A la luna de suaves resplandores.

A Febo, el astro hermoso y refulgente
Monarca altivo de la excelsa cumbre,
El cual da animación á lo existente
Con los destellos de su pura lumbre.

Y tu no eres la Hurí que yo buscaba
Para que fuese mi consuelo y guia,
La mujer que en mi atán divinizaba
Emblema de virtud y gallardia.

Así te digo, espíritu orgulloso,
Goza en paz tu hermosura celebrada,
Que en este mundo hipócrita, engañoso,
Quizás encuentre la mujer soñada.

Entonces, para mí sería la vida
Como un fanal de mágicos fulgores,
Do encontraría la dicha apetecida,
Mi alma sedienta de placer y amores.





A MI HIJO

ANGEL TORELLO RESTOY

Naciste niño gracioso
En noche de invierno fria,
Cuando estaba el alma mia
Llena de inmenso dolor.
Cuando á tu madre adorada
La miré triste, abatida,
Espuesta á perder la vida
Alentada por tu amor.

El peligro era inminente,
Pero un médico afamado (1)
Con aliento denodado

(1) Este medico á que me refero, es D. Guillermo Rodriguez Perez que actualmente ejerce su profesion en Illar, provincia de Almería.

De la muerte la salvó.
De entonces, hijo del alma,
Tienes madre cariñosa
Que á tu existencia preciosa
Ufana se consagró.

Por este médico ilustre
Hora vés el Sol luciente
Iluminando tu frente
Do se vislumbra el placer.
Por él ves al arroyuelo
Fertilizar la llanura,
Y por él vé tu alma pura
Lo bello resplandecer.

Tus únicos protectores
Son tus padres desgraciados.
Duramente fustigados
Por la cruel adversidad.
Que al parecer se revela
Contra la virtud notoria:
Para ella es nimbo de gloria
Faltar á la caridad.

Tu porvenir es oscuro:
Esta es la verdad desnuda:
Nadie en el mundo te ayuda
Aunque te vean naufragar.
Pero yo lucho atrevido
Del mal contra la corriente,
Para ver, niño inocente
Como te puedo salvar.

No ambiciono para ti
Las coronas de los reyes,
Los que dán y quitan leyes
Que suelen escarnecer.
Los que ofenden la pobreza
Y quieren ser los mejores,
Desafiando los rigores
De quien mina su poder.

No quiero que te seduzcan
El lujo, las pompas vanas,
Ni las pasiones villanas
En la vida terrenal.
Quiero aceptes lo grandioso,
Quiero tengas competencia

En el campo de la ciencia
Do sea tu nombre inmortal.

Cuando llegues á ser hombre
Tu reflexiona, medita,
Y verás cómo se agita
En tu alma la indignación.
Y es porque irás comprendiendo
Del mundo la hipocresia,
Donde la caterva impia
Vive de la sinrazón.

Sino tomas precauciones
Serás vilmente esplotado
Y del perverso humillado
Que goza en hacer sufrir.
Y te lanzará al abismo
De la miseria espantosa,
Cuya marcha escandalosa
Habrás tú de percibir.

Yá tendré quien ponga freno
A la agresion infundada
De la gente solapada

Sin conciencia y sin virtud.
A la gente que me ofende,
Que al ultraje sólo aspira,
Y con frecuencia se inspira
En la negra ingratitud.

Tu niño, le harás justicia
A tu padre hora humillado.
Y sin razón mancillado,
Tu á la palestra saldrás
Para abatir mi enemigo,
Tu á quien el cariño inflama,
Tu á quien tu padre reclama
Porque su honrra mantendrás.

Ya soy viejo y achacoso,
La fria nieve de los años
Trae á mi alma desengaños,
Me hace ver la realidad.
Y la muerte silenciosa
Hácia mi camino avanza,
Abrigando la esperanza
No tendrá de mi piedad.

Si tu vives, Ángel mio
Por dó quier verás primores,
Por dó quier galanas flores
Adorno del fresco Abril.
Tu verás como el contento
Se refleja en tu semblante,
Y una ilusión incesante
Te brindará goces mil.

Aunque estos goces son vanos
Y propios de edad lozana,
No desmayes, que mañana
Será triste el despertar.
Y mientras llega el instante
Por todo el mundo esperado,
Sigue niño ilusionado
Y darás tregua al pesar.

¿Qué será de ti en la tierra?
¿Será adverso tu destino?
¿Hallarás en tu camino
La ansiada felicidad?
Esta duda me intimida
Y me hace perder el sueño,

Y tengo especial empeño
En adquirir la verdad.

Quisiera ver prolongada
Hora mi vital carrera,
Y acompañarte dó quiera
Y servirte de mentor.
Yo te prestaría mi ayuda,
Y los dos, marchando unidos,
No quedaríamos vencidos
En una lucha de honor.

Yo siento con toda el alma
Y observo me causa énojós,
El que tú, luz de mis ojos
Te quedes sin pretección.
El día en que la oscura tumba
Me reciba en su frío seno,
Dejando de pena lleno
Tu sensible corazón.

Dios, Hacedor de los mundos,
Ser de inmenso entendimiento,
Dáme vida, dáme aliento

Dáme inspiración también.
Para ver si labrar puedo
De mi niño la ventura,
Y guie su planta segura
Por el camino del bien.

Entonces satisfecho quedaria,
Y si la muerte audaz me sorprendiera,
Sin temor al sepulcro bajaría
Al fijarme en tu dicha duradera.





EL TRIUNFO DEL LOCO.

El ignorante vulgo sin cultura
El mérito del génio no adivina,
Y sin cesar lo llena de amargura
A impulso de su audacia peregrina.

El lo fustiga sin razón alguna,
Se burla de su aliento á todas horas:
El con su necedad inoportuna
Pone valla á doctrinas salvadoras.

Con frecuencia al oprobio le condena
Haciéndole que sufra dura afrenta.
Ese vulgo que todo lo envenena,
Que sólo de patrañas se alimenta.

Más, el génio prosigue su camino
Y de tales miserias no se cuida:
El ansia el cumplimiento del destino
Su primordial mision en esta vida.

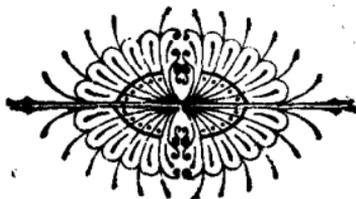
A fuerza de muchisimos desvelos
De los astros vió la espléndida carrera,
Revelando el secreto de los cielos
A los que pueblan la terrestre esfera.

A través de los mares procelosos
Hizo surgir un nuevo continente,
Do habia pueblos salvajes numerosos
Y fértiles campiñas juntamente.

En todo tiempo el génio luminoso
Vá hermanado del brillo de la gloria,
Y en su esfuerzo de intrépido coloso
Obtiene sobre el vulgo la victoria.

Y es ejemplo Colón, el es modelo
De locura sublime aqui en la tierra,
El que en vez de encontrar dulce consuelo
Fué en ella objeto de implacable guerra.

Hora lleno de asombro el Orbe entero
Lo contempla cual rara maravilla:
Todos lo aplauden con afán sincero
Doblando al propio tiempo la rodilla.





UNA MADRE A SU HIJO.

EPITAFIO.

En ésta fosa helada
Está el hijo de mi alma:
Su muerte desgraciada
Me hizo perder la calma.

Aquella desventura
Yo sin cesar lamento:
Así, su imagen pura
Vive en mi pensamiento.

En la efímera vida
Siempre, blanca azucena,
Cuando el alma está herida
Siente invencible pena.

Allá en el alto cielo
OBTENDRÁS LA VICTORIA:
Tú, mi dulce consuelo
Y tanal de la gloria.

Adios, niño inocente,
Tu madre cariñosa
Vendrá con faz doliente
A rezar en tu fosa.

Y antorchas luminosas
Pondré con mil amores,
El jazmin y las rosas
El clavel y otras flores.

Con las pruebas formales
Del maternal cariño,
A los restos mortales
Honraré de mi niño.





EL DÉSPOTA.

Yo domino á los pueblos ignorantes
Confiado en mi poder maravilloso,
Domino al que es humilde, al orgulloso,
Siendo ageno al amor, á la piedad.
Yo contra lo que es digno me sublevo,
Con razón ó sin ella los fustigo:
Con razón ó sin ella los obligo
A qué modelos sean de iniquidad

Mi voluntad doblega en todo tiempo:
Mi voluntad es órden soberana:
Ella por dónde quiera campea ufana
Sin amoldarse al freno mi razón.
Cual manada de ovejas me secundan
Los míseros, los ciegos oprimidos,

No consintiendo queden redimidos
Mientras lata mi duro corazón.

Yo conduzco á millones de soldados
A morir en la guerra destructora:
El ánsia de estermínio me devora,
Mi prestigio es la fuerza y el terror.
Vulnero la justicia y el derecho,
La verdad para mi es desconocida:
Para mi la única ley en ésta vida
Es la bárbara ley del vencedor.

Quisiera ser el árbitro del mundo,
Mis grandiosas, mis bellas ilusiones
Es absorver á todas las naciones
Es dar á los pigmeos golpe mortal.
Y deseo á todo trance conseguirlo,
Aunque vea derramar sangre á torrentes
De cien mil valerosos combatientes
Que desean tener fama universal.

Yo me rio de las almas generosas
Que sueñan en la paz, en la ventura;
Yo me rio del filósofo que augura

Al mortal un risueño porvenir.
Mientras tenga poder aqui en la tierra
Seguiré á mis hermanos oprimiendo,
Sus justísimas quejas desoyendo
Y gozaré cuando los vea sufrir.





CONTRASTES.

Lúcio el apuesto galan,
Ayer murió y lo enterraron,
Sus amigos con afan
Hasta la fosa llegaron,

Y exclamaban de esta suerte:
¡Cómo la Parca inhumana
Atrevida dió la muerte
A Lúcio en edad temprana!

Era simpático, honrado,
De mirada angelical,
Siempre en su rostro há brillado
De la virtud el fanal.

Fueron dignas sus acciones
En esta mísera vida,
Y las impuras pasiones
En él no hallaron cavida.

Se murió y no volverá,
Por esto el mundo le llora,
Ya á su faz no alumbrará
La hermosa luz de la aurora.

Esto oyendo un pensador
Dijo con calma notoria:
De este fingido dolor,
No quedará ni aun memoria.

En vida le escarnecieron,
Su persona atropellaron,
A la cara le escupieron
Y su nombre mancillaron.

Hoy mismo aquellos traidores
Hipócritas sin razón,
Fingen cruentos sinsabores
Y pena en el corazón,

Al parecer se ilusionan,
Y ante el público severo
Veo la caridad pregonan
Con aspecto lastimero.

¡Miserable humanidad!
Ayer el muerto era odiado,
Hoy se mueven á piedad
Y al parecer es amado.

Más sus lenguas entre tanto
Nuevas victimas harán,
Y dó quier hondo quebranto
Implacables llevarán.

¡Cuando el hombre variará
Su condición fementida;
¡Y cuando comprendera
Los deberes de la vida!





NAUFRAGIO DEL "REINA REGENTE."

El mundo entero deplora
El triste fin del crucero,
Orgullo del noble Ibero
Perla brillante del mar.
Ese palacio flotante
Admiración de la tierra,
Ese titan de la guerra
Hermoso y fiero á la par.

Una tormenta horrorosa
Le sorprendió en el camino,
Y él, por burlar el destino
Luchaba lleno de ardor.
Más, las ondas irritadas
Sin piedad le destrozaron,

Y osadas neutralizaron
Su renombrado valor.

Y al fin el bagel de guerra
Se hundió en el profundo abismo,
A pesar de su heroísmo
De su esfuerzo colosal.
Alli queda sepultado,
Alli queda eternamente,
Y también fijo en la mente
De su nación inmortal.

Cuatrocientos trípulantes
Con él perdieron la vida,
Y la ilusión que convida
A la dicha y al placer.
Sus familias cariñosas
Se ven tristes, desoladas,
Y en el mundo amenazadas
De un continuo padecer.

A cáusa del mar undoso
El de inestinguible saña,
Hora llora toda España

Y experimenta aflicción.
Su irreparable desastre
Ella sin cesar lamenta:
Este recuerdo fomenta
La pena en su corazón.

Démos trégua á los pesares,
Y pongamos la esperanza
En los tiempos de bonanza
Honra del pueblo Español.
Y construyendo otros buques
Modelos del génio humano,
Pongamos el nombre Hispano
Algo más alto que el Sol.

Mientras tanto, socorramos
Las esposas y los hijos
De aquellos seres prolijos
Que abatió la tempestad.
Que ellos sean enaltecidos
En la vida transitoria,
Que vivan en la memoria
De toda la humanidad.



EL POETA.

Para cantar hé nacido.
El ser que rige éste mundo
Dió á mi espíritu fecundo
La divina inspiración.
Asi canto enardecido
A la espléndida natura,
Esa fuente de ventura
Y del mortal ilusión.

Canto á la mar azulada
Cuando en calma se presenta,
Y el rubio Febo la argenta
Con notoria intensidad.
Y si aparece irritada
Yo me inspiro en su ardimiento,

Y domino con mi acento
A la ronca tempestad.

Canto el esfuerzo gigante
Del volcán, de horrores lleno,
Ese monstruo, que en su seno
Guarda el fuego abrasador.
Canto al águila arrogante
Cuando sube al alto cielo,
Y llega audaz con su vuelo
Dónde mora el Hacedor.

Al torrente desbordado
Que dó quiera estragos vierte,
Y á la llanura convierte
En turbio y revuelto mar.
Del Niágara celebrado
La catarata imponente,
De gratisimo aliciente,
Siempre digna de admirar.

Al duro alud, que descende
De la montaña elevada,
Y en su marcha denodada

Lleva el espanto dó quier.
Al rey del Orbe, que ofende
La vista con sus reflejos,
Y otros sóles, que á lo lejos
Los miro resplandecer.

Al Simoun en el desierto,
En cuyas alas potentes
Veo las arenas candentes
Hácia el viajero avanzar.
Y deja luego cubierto
De cadáveres el suelo,
Y en su afan, al mismo cielo
Guerra quiere declarar.

A la rápida carrera
De los fúlgidos cometas,
A los grandiosos planetas
A quienes dá vida el Sol.
A la Aurora placentera,
A la blanca luna hermosa
Solaz de la noche umbrosa
A quien presta su arrebol.

Al rítmico movimiento
De otras mil y mil esferas,
Que en los espacios ligeras
Se ostentan con magestad.
Son en precisión portento,
Reflejan la inteligencia
De la suma omnipotencia
Que inspira á la humanidad.

La que dió á la mar bravía
El pez de hermosos colores,
La que dió aroma á las flores
Y presteza al Aquilón.
La que dió esplendor al día
Y con él dicha á raudales,
La que adornó á los mortales
Con la luz de la razón.

A la triste noche oscura,
La de cariz tormentoso,
Dónde el rayo poderoso
Brilla un segundo tal vez.
Do la gente con pavora
Huye al oír el ronco trueno,

Dónde miro al Orbe lleno
De espantosa lóbreguez.

De la fuente la belleza
Cánto lleno de alegría,
De las auras, la armonía,
Y la gala del pensil.
Del árbol la gentileza
Y del ave el dulce canto,
De la pradera el encanto,
Del Cármen las gracias mil.

A la jóven pudorosa
Y modelo en hermosura,
Cuyos sueños de ventura
Le hacen ver un rico Edén
E inocente, candorosa,
Se la mira enardecida,
Y la triste, humana vida,
Jamás le inspira desdén.

A la moral, de la vida
El faro resplandeciente,
Donde el mísero viviente

Percibe la salvación.
A la marcha bendecida
De la justicia en la tierra,
Que al desafuero hace guerra
Y es del Orbe admiración.

A la caridad sublime
De un origen elevado,
Que Dios al mundo há lanzado
Para alivio del mortal.
A la libertad, que imprime
Dirección y movimiento
Al humano pensamiento
En la vida terrenal.

Canto al vate esclarecido,
A Homero, génio fecundo,
Antorcha del viejo mundo
De gigante inspiración.
El que reseñó atrevido
Las hazañas colosales
De los pueblos inmortales
Que lucharon con teson.

Canto el poder y la gloria
De Sagunto, de Numancia,
Modelos en la constancia
Y en el patriótico ardor.
Lo cual menciona la historia
Allá en su afán justiciero,
Ensalzando del Ibero
El legendario valor.

De Anibal el ardimiento
Allá en la célebre Cannas,
Dó las águilas Romanas
Sufrieron duro revès.
Canto á César, el portento
En los trances de la guerra.
Admiración de la tierra
Por su fiera intrepidez.

Canto al rey de las victorias,
A Bonaparte altanero,
El que humilló al Orbe entero
Queriendo el árbitro ser.
El que dió á su pátria glorias,
El que venció á mil naciones,

Y llegó por sus cañones
A las cimas del poder.

En fin, canto lo grandioso,
Lo más sublime en la vida,
Donde mi génio se cuida
De inspirarse en la verdad.
El que fustiga animoso
Las injusticias sociales,
Y los hechos inmorales
De toda la humanidad.





A D. VICENTE TORRES ESPEJO.

Has escogido una vida
De aspiraciones grandiosas,
Dó las almas generosas
En busca van del Creador.
Almas de alientos divinos,
Almas de noble energía,
Que son en la tierra guía
Del mísero pecador.

Las doctrinas luminosas
De Jesús van predicando,
Y por doquiera implantando
El gérmen de la verdad.
Doctrinas que ponen freno

A las aviesas pasiones,
É inclinan los corazones
Al bien, á la caridad.

Tú eres amigo Vicente
De estas almas el modelo,
Que llevarán el consuelo
Al que se vea en opresión.
Y te impondrás sacrificios,
Y en sacro fuego encendido
Harás bien al desvalido
Que lamenta su aflicción.

Tu mérito indiscutible
Te abre un camino risueño,
Y no cediendo en tú empeño
Harás tu nombre inmortal,
Siendo al fin recompensado
Por tus virtudes notorias,
Y obtendrás grandes victorias
En la mansion celestial.



EL DESASTRE DE CAVITE

Frente al célebre Cavite
Estaba la escuadra Ibera,
En noble actitud guerrera
Sin esperar la traición.
Viejas naves la formaban
De pequeño tonelaje,
Y de un ínfimo blindaje
De fácil perforación.

Y no tenían sus cañones
El alcance necesario
Para enfrenar del contrario
El orgulloso poder.
Eran máquinas de guerra
Por el honor alentadas,

Y que estaban condenadas
A luchar y no vencer.

En éste supremo instante
Del Yanki llega la armada
De las sombras amparada
Y artera el canal salvo.
El altivo hijo de España
Se llena de justo enojo,
Y con indómito arrojo,
Al combate se aprestó.

Las fieras naos enemigas,
Forradas de espeso acero,
No temieron del Ibero
Más que el valor personal,
Y este no era suficiente
Para obtener la victoria
En esta empresa notoria
De caracter desigual.

Y empieza el combate duro,
Y empieza el horrible fuego,
Y cunde el estrago luego

Do está la inferioridad,
Y se ven gallardas naves
Revolviéndose irritadas
En las ondas azuladas
Con pasmosa actividad.

El formidable estampido
De los bárbaros cañones,
Alientan los corazones
De los hermanos del Cid,
Y la sangre generosa
Van derramando á torrentes,
Y mueren como valientes
En aquella épica lid.

Allí luchó Luis Cadarso
El de espíritu animoso,
Contra el yanki poderoso
Que era el árbitro del mar,
Y pereció en la contienda
Su memoria eternizando,
Y ante el mundo acreditando
Su prestigio militar.

Para mayor desventura,
En nuestros buques de guerra
Surge el incendio, que aterra
Con su aliento abrumador.
Allí mueren sin defensa
Muchos cientos de soldados,
Paladines esforzados
Sin el premio á su valor.

Entre el humo del incendio
Se oye decir, ¡viva España!
Y afrontan la dura saña
De un poderio colosal.
Y prosiguen los valientes
En el vasto mar luchando,
Y se les vé allí alcanzando
Gloria sublime, inmortal.

De gran valor dieron pruebas
Los héroes del suelo Hispano,
Desafiando al mar insano
Al fuego y plomo á la vez.
Vieron con amarga pena
Al adversario inclemente

Qué luchaba arteramente
Sin ninguna intrepidez.

Y que sus monstruos de acero
Mar adentro se internaban,
É impunemente sembraban
El espanto por dó quier.
No sirvió á los ofendidos
Poner sus pechos de valla
A la espantosa metralla
Que mataba á su placer.

Viendo era inútil su esfuerzo
Exclaman tódos á coro:
«Salvemos nuestro decoro
«Qué no merece el desdén,
«Sepultando nuestros buques
«En el hondo mar brabío
«Que *elogiará* nuestro brío
«De Ibéria digno sostén.»

Y emprenden la retirada
Al observar que la suerte
Les brindaba con la muerte

Contra derecho y razón.
Esta es lección provechosa,
Para que en días venideros
Se hagan respetar los fueros
De nuestra hidalga nación.

Los indomables varones
De heroísmo sacrosanto,
Dan alto vuelo á mi canto,
Que en sus actos se inspiró,
Yo proclamo las virtudes
De estos bellos luminaires,
Sus hazañas militares,
Que la historia avaloró.

En cambio, lanzo anatema
Sobre los conquistadores
Que no ven los resplandores
De la preciada moral.
Sobre los yankis osados,
Que vulneran insolentes
El derecho de las gentes
Con disgusto universal.



A LOS ESTADOS UNIDOS.

Pueblo de mercaderes,
Pueblo del mundo afrenta
Tan solo al desafuero consagrado.
Pueblo de repugnantes procederes,
Tus actos lleva en cuenta
El de espíritu grande y elevado
Que las vilezas siempre ha rechazado.

Pueblo de malandrines, de bribones,
La violencia grosera
Te anima sin cesar en esta vida
Al usurpar terrenos á naciones
Que llevan el derecho por bandera,

Poniendo de relieve esta medida
Tu condición aleve y fementida.

Tú pueblo sin decoro
Que de ilustre blasonas,
Y el derecho sagrado de las gentes
Vulneras incitado por el oro.
Tú que lo justo sin cesar pregonas,
Tú monstruo de pasiones insolentes
Ludibrio de naciones consecuentes;

Veo te domina la ambición odiosa,
Lo moral desatiendes
Regulador de la conciencia humana,
Con tu marcha en extremo escandalosa
A la razón ofendes,
Sin advertir en tu soberbia vana
Que estás obrando cual nación villana.

¿De que sirve tu ciencia decantada,
Tu espléndida cultura,
De tu historia los timbres y blasones,
Si á lberia denodada
La llevas á una eterna desventura,

Anulando con tus bárbaros cañones
El derecho que rige á las naciones?

Te agrada el latrocinio y el despojo:
Tu sistema de guerra
Jamás es propio de nación grandiosa:
El incendio de buques no es arrojó
Segun has demostrado ánte la tierra,
E imitas la conducta sanguinosa
De Tamerlan, el de memoria odiosa.

Pueblo de tu calaña
Que no tiene más lema que el dinero
No puede ser un pueblo generoso:
Un pueblo que la gloria santa empeña
No es pueblo caballero,
Sino un pueblo orgulloso
Y digno de un castigo riguroso.

La fuerza ha regulado esta contienda,
La fuerza abrumadora
Valladar del progreso hendecido:
No habrá quien no se ofenda
Al observar que ordena cual señora,

Y que deja al vencido
A la dura vergüenza sometido

‘Todos los pensadores,
Los de un alma gigante
Debieran fustigar con su talento
A los explotadores,
A la nación triunfante,
Hasta ver humillado en el momento
Su inmoral y punible atrevimiento.

Lo peor del caso es que la culta Europa
Se muestra indiferente
Ánte esta felonía,
Y vé como de América la tropa
Invade prontamente
Las colonias de España, que en un día,
Le servían de ornamento y alegría.

Y de ellas se apodera á mano armada:
Y es la Europa altanera
Cómplice de este crimen repugnante,
La Europa solapada
En la que la codicia solo impera,

Que da vuelos al águila rapante
En lucha desigual preponderante.

En tiempos no lejanos
Otrodrás el castigo merecido
Por no atajar la marcha del coloso
Triunfador de los bravos Castellanos,
Al mas leve descuido
Te usurpará alevoso
Tu colonial dominio poderoso.

En el preclaro siglo diez y nueve,
El siglo de conquistas asombrosas
El derecho y la moral son cosas vanas,
El de espíritu recto se conmueve
Al mirar estas guerras desastrosas
De pasiones livianas,
Opuestas á las máximas cristianas.

Yo admirador del sano patriotismo,
Cantor de los sublimes ideales,
Combatiré al tirano
Ese monstruo de estúpido cinismo
Entregado á los goces materiales,

Pueblo de aliento insano,
Verdugo altivo del linaje humano.

El poder hermanado
Con la avaricia artera
No es árbitro en los pueblos ilustrados,
Llega el momento ansiado
En que se impone la razón severa,
Y para siempre quedan anulados
Los pueblos á la infamia consagrados.

En ti se cumplirá esta ley suprema
Cuando no haya oprimidos ni opresores,
Cuando no persistieras en lo ageno,
Cuando sea la moral del hombre emblema
De parando á la tierra días mejores,
Cuando no exhales más letal veneno,
Y ya no vivas entre impuro cieno.





EL EGOISTA.

Dióme la condición naturaleza
De ser interesado en demasia,
De buscar las riquezas á porfia
Origen de la dicha y el poder.
Carezco de elevados sentimientos,
En la vida procedo cual villano,
No quiero ni al amigo, ni al hermano,
No importándome el verlos padecer.

Yo quiero tener miles de millones:
A ser el rey de la fortuna aspiro,
A ser dueño del aire que respiro,
Del alto cielo y la cerúlea mar.
De los altivos montes pedregosos

Y del prado cubierto de verdura,
De la fértil, la espléndida llanura,
Digna por todo el mundo de admirar.

El ánsia de medrar me quita el sueño
Y para ello no encuentro valladares,
La cólera gigante de los mares
Pretendo dominar en mi ilusión,
A fin de visitar lejanas tierras
Para hallar en mi ciego atrevimiento
El negocio, que es mi único elemento,
Y practicar la artera explotación.

Yo desprecio los tipos orgullosos
Que censuran mis ínclitas hazañas,
A sus nécias, burdísimas patrañas
Aunque sea mi conducta criminal.
Yo seguiré á los hombres explotando
Que es el gran aliciente en esta vida:
Yo buscaré sin tasa ni medida
El goce de mi espíritu inmoral.

Yo rechazo el progreso venturoso,
Rechazo las grandiosas pretensiones

De trasformar á todas las naciones
Implantando las leyes del amor.
Que si esto por acaso aconteciera
Eternamente quedaria humillado,
Al mas profundo olvido relegado
Y á merced del sublime vencedor.





A HERNAN CORTÉS

EN LA BATALLA DE OTUMBA.

Sublime inspiración hija del cielo,
Y lumina mi ardiente fantasía
Para cantar el belicoso anhelo
Que Hernán Córtes demuestra en este día.
Cortés el lustre del Hispano suelo
Y eterna admiración del alma mía,
Ese atleta en el campo de la gloria
Digno ante el mundo de eternal memoria.

Vedlo en la triste noche batallando
Con los fieros y audaces Mejicanos,
Las mortíferas armas contrastando
Con sus altos arranques sobrehumanos.
Vedlo sangre á torrentes derramando

Sin dar reposo á sus robustas manos,
Vedlo allí con indómita arrogancia.
Eclipsádo las glorias de Numancia.

Noche oscura, implacable, tormentosa,
Dó los bárbaros índios irritados
Juraron les darian muerte afrentosa
A todos los Iberos denodados.
Noche donde la Parca rigorosa
Se agitaba implacable en todos lados,
Dónde á pesar de la enemiga saña
Quedo triunfante el pavellon de España.

Ya que hubo á los contrarios domeñado
En lid horrible y por demás sangrienta,
Y el esterninio por dó quier sembrado
Con ardor que al más bravo desalienta,
El ejército, á la gloria acostumbrado
Marcha adelante, sin tener en cuenta,
Que en Otumba esperaban altaneros
De Méjico, la flor de los guerreros.

Y desemboca allá en extenso llano,
Y de indios vé falanges numerosas

En sus diestras blandiendo el hierro insano
Y al combate aprestándose animosas.
Llenaban de pavor el pecho humano
Sus voces y aposturas belicosas,
Y por todo ello, el general valiente,
Así le dice á su aguerrida gente:

«Denodados é ilustres compañeros,
«Los que en la dura guerra sanguinosa
«Siempre os miro alternando los primeros
«Sin temor á la muerte rigorosa,
«Los que audaces esgrimen los aceros
«En favor de la patria cariñosa,
«No dejad que de Iberia los pendones
«Humillen esas bárbaras legiones.

«Aquellos que en Tlascala contrastaron
«De un célebre cacique el ardimiento,
«Y á sus bravos soldados arrollaron
«Que en los casos de honor fueron portento,
«Aquellos que en Tabasco penetraron
«Dando muestras de heróico atrevimiento,
«Los que son como Aquiles en la guerra
«Y admiración constante de la tierra;

«Ya sabeis que ennoblece á los mortales
«Dar á su cara pátria justa fama
«En las fieras batallas colosales
«En donde el héroe á su pesar se inflama,
«Y aunque surjan obstáculos fatales
«Si ella de nos la protección reclama,
«Debemos defenderla en este dia
«Y agotar nuestra célebre energia.

«Seriais escarnio de la Europa entera
«Si desmayais en la ocasion presente,
«Si el esfuerzo del Indio prepondera
«En la contienda que hora es inminente.
«Dadle gloria á la Hispánica bandera
«Celebrada en el viejo continente,
«Y llenos de vigor y de esperanza,
Volemos al combate, á la matanza.

Tal dijo con acento reposado,
Y al aire dando el refulgente acero,
Se lanza cual torrente desbordado
Sobre el contrario ejército altanero,
Y á diestra y á siniestra, denodado
Se le vé implacable dar golpe certero,

Y su ardor que la fuerza nunca enfrena
Las haces enemigas desordena.

Como Leon de Numidia en son de guerra
Se arroja sobre diestros cazadores,
Y en el instante á todos los aterra
Y huyen por el temor de su rigores
A guarecerse en la escabrosa sierra,
Esperando que lleguen dias mejores,
Do recobrando la energia perdida
Vuelvan á dar enérgica embestida;

Asi era Hernan Cortés en la batalla,
Duro Leon de Numidia embravecido,
El cual á los Aztecas puso valla
Con su pequeño ejército aguerrido.
Su firmísimo pecho, era muralla
Dó se estrelló el orgullo maldecido
De pueblos, y ciudades inhumanas,
Que oponíanse á las armas Castellanas

Mil veces los Aztecas avanzaron
Para dar cumplimiento á la venganza,
Y otras mil su vigor neutralizaron

Las armas de Cortés con su pujanza,
Gran valor los Iberos demostraron,
Y con él, le arrebatan la esperanza
A los Indios, que de lejos peleaban
Con las punzantes flechas que arrojaban

¿Y como era posible se humillara
Del enemigo bando el ardimiento,
Si el génio que en la lid siempre triunfara
Estaba falto de poder y aliento?
¿Si el cañon que dó quier luto sembrara
Ya no atronaba la región del viento,
Y eran pocos los Iberos soldados
Que al combate marchaban denodados?

Viendo Cortés lo inútil de su empeño
Y que el bando contrario no cejaba,
En su mente trazó plan halagüeño
Que á la ansiada victoria lo llevaba,
Y en el momento, cual supremo dueño
Un pequeño escuadron organizaba
De caballos, veloces como el viento,
E iguales al ginete en ardimiento.

Y vuela á la cabeza de su gente
Contra el rudo adversario que lo espera,
Y nada ataja su ímpetu valiente
Y nada ataja su triunfal carrera.
Y al general del Indio prepotente
Le dió un golpe mortal con saña fiera,
Y el estandarte, honor del Mejicano,
Cayó en poder del pueblo Castellano.

Esto al ver la salvaje hueste armada
Se llena de un amargo desconsuelo,
Y por dó quiera corre atribulada
Temiendo al héroe del Hispano suelo,
El cual prosigue la obra comenzada
Sin un punto aflojar su noble anhelo,
Y cadáveres mil deja al instante
En el campo su acero centellante.

Ya el grito de victoria sonoro
A su placer el vasto espacio llena,
Y del monte elevado y pedregoso
Los temerosos cóncabos atruena.
Ya el guerrero de Iberia poderoso
De su alma desterró la negra pena,

Cuando vió que el Azteca furibundo
Huye poseido de terror profundo.

El claro sol modelo en hermosura,
Los anchurosos y soberbios mares,
El hondo valle, la teraz llanura,
El condor en los montes seculares,
Ese pájaro amante de la altura,
El poeta, ser de rítmicos cantares...
Todo esto el triunfo de Cortés pregona
Y agiganta el valor de su persona.

Yo que admiro las bélicas lumbreras
Cuando son de provecho y resonancia,
Yo que me animo en las batallas fieras
Y del gènio percibo la importancia,
Ahora canto hazañas lisonjeras
De Cortés, el modelo en la arrogancia,
Y mientras viva, porque al mundo asombre,
Ensalzaré su esclarecido nombre.



À FACUNDO EL PETULANTE

Ese afan inmoderado
De exhibirte á cada instante,
La reputación te ha dado
De orgulloso y petulante,

Por hacer ver ante el mundo
Que eres hombre de talento,
Te veo mi caro Facundo
Aguzar tu entendimiento;

Y con afición notoria
A ser ilustrado aspiras,
Y en la ciencia meritoria
Siempre Facundo te inspiras.

Y dicen has aprendido
Que el rey Francisco primero,
En un tiempo fué vencido
Y hecho en Pavia prisionero.

Y que al Árabe inclemente
Domeñó el Cid campeador,
Con su acero refulgente
En el campo del honor.

Que Alejandro sus pendones
Llevó á la Asiática tierra,
Dónde sus bravas legiones
Fueron árbítras en guerra.

El principio Cartesiano
Que se funda en la evidencia,
Dices tu con aire vano,
Es la llave de la ciencia.

Y con palabras sonoras,
Pero vacias de sentido,
Haces ver á todas horas
Que filósofo has nacido.

En física, á mi entender,
Lo más recóndito sabes
Del eléctrico poder
Y el descenso de los graves.

Yo te miro ilusionado
Frecuentar el Ateneo,
Y cual sábio consumado
Y ardiendo en noble desco.

Te veo sin plan ni reparo
Iniciar las discusiones,
Y eres modelo en descaro
Y en concitar las pasiones.

En periódicos escribes
Mucho y de poca sustancia,
Porque tú nada concibes
De provecho y resonancia.

Caro amigo, no te asombre
Lo que te vengo diciendo,
En la vida debe el hombre
Ir su espíritu instruyendo,

Debe elevarse á la altura
En donde el progreso brilla,
Dónde mora la ventura
Y la verdad sin mancilla.

La sencillez meritoria,
En la tierra sea tu guia,
Asi, el rayo de la gloria,
Te alumbrará en algun dia.

Obrando de otra manera,
El de clara inteligencia
Con su crítica severa
Humillará tu insolencia.





A MI PADRE.

SONETO.

La mano de un infame y alevoso,
Tu vida arrebató con saña impia,
Dejando para siempre al alma mia,
Sumida en el dolor más espantoso.
Dios, ser grande, infinito, poderoso,
Que mira desde el cielo mi agonía,
Hará que yo te encuentre en algún día,
En lugar más tranquilo y venturoso.
Tu imágen estampada en mi memoria,
Impulsará á mi humilde pensamiento,
A que recuerde tu ejemplar historia,
Descansa en paz, que yo con sentimiento,
Mientras dure esta vida transitoria,
Lanzaré sin cesar triste lamento.



LA OPINIÓN PÚBLICA
EN ESTADO ANORMAL.

En muchas ocasiones
Te veo desconcertada,
Al ver que al hombre honrado
Lo llenas de aflicciones
Por tu conducta osada,
Al ver que te has llevado
De impresiones fatales
Origen de conceptos inmorales.

Sin compasión alguna
A tú victima ofendes
Y á la vergüenza dejas sometida:

Tu crítica importuna
Hacer valer pretendes
Como juez inflexible en esta vida,
Y á tu soberbia vana
No enfrena la justicia soberana.

Cuando tú sin razón te alzas severa
Ruges como el Océano poderoso,
Y se conturba el Universo entero
Llevando por dó quiera
El germen de tu númen tormentoso,
De tu sistema infiero
Que lo absurdo y pueril es tu elemento
Y solo sirves para dar tormento.

Con verdad ó sin ella
El que es varon prudente
Está bajo tu férula opresora,
Y se eclipsa su estrella
Entre la sociedad abrumadora,
La cual jamás consiente
Quede rehabilitado
El que fué indignamente mancillado.

Eres apasionada en demasia,
En ti no prepondera
Lo racional de la natura emblema
Y la falta de lógica es tu guía.
La religion divina
Aspiración suprema
Del mortal en la tierra,
Tu le declaras implacable guerra.

Depon tu impura saña
Monstruo del negro abismo
No denigrando más á los mortales,
Y no llesves doquiera la cizaña.
En ti mora el cinismo,
Te odian en las mansiones terrenales,
Si factible me fuera
Yo domaria tu condición de fiera.

Sino puedo otra cosa,
Combatiré valiente
Mientras viva tus planes repugnantes
Y una doctrina, pura, luminosa
Opondria á tu espíritu insolente,
Burlando tus afanes,

Y exclamaría ánte el mundo
Esterminar ese reptil inmundo.

Eres tú opinion pública orgullosa
Rémora del progreso bendecido,
Modificar debieras
Tu marcha irregular y peligrosa,
Asi habrás conseguido,
Que las almas sinceras
Hagan valer tus fueros
A través de los siglos venideros.





A LA SIMPÁTICA ADRIANA.

SONETO.

Son tus ojos Adriana seductora
Dos luceros de mágicos fulgores,
Albergue de los plácidos amores,
Grato recreo del alma soñadora
Es tu dulce sonrisa seductora
La que del hombre calma los temores,
Eres bello jardín de puras flores
De figura sensual y arrobadora.
Así me quedo niña ilusionado
Al contemplar tu imagen peregrina
Dónde se inspira el vate enamorado,
Así te adoro yo, sublime Ondina,
Así es que sin cesar te há celebrado
Mi génio que tu mérito adivina,



A JULIA.

Eres niña seductora
Cual pura rosa lozana
Que en la poética mañana
Su corola abre gentil.
Y al espíritu ilusionan
Sus espléndidos colores,
Y es la reina de otras flores
Y la gala del pensil.

Son tus púdicas miradas
Señal de eterna ventura,
Es tu frente hermosa y pura,
Y es tu rostro encantador.
Y es tu talle tan esbelto
Como esbelta es la palmera,

Y es tu risa placentera
Grato albergue del amor.

Asi tus admiradores
De alma grande y generosa,
Te buscan niña preciosa
Con noble tenacidad.
Y todos estan dispuestos
A ser dueños de tu alma,
Y todos pierden la calma
Y sueñan en tu beldad.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
<i>Á mis lectores. (Frólogo).</i>	5
<i>Consejos á un amigo.</i>	12
<i>Canción del Barquero.</i>	19
<i>Á Francia con motivo de los rumores belicosos.</i>	22
<i>Al tiempo.</i>	28
<i>Á Granada.</i>	37
<i>La primavera.</i>	41
<i>Diálogo entre la joven y la vieja.</i>	43
<i>La Bayadera.</i>	53
<i>Á Napoleón primero.</i>	57
<i>A una flor.</i>	61
<i>Al mar.</i>	64
<i>El hijo del desierto.</i>	72

	<u>Páginas.</u>
<i>Al progreso.</i>	76
<i>Á la presuntuosa Adela.</i>	85
<i>Á mi hijo, Angel Torello Restoy.</i>	90
<i>El triunfo del loco.</i>	98
<i>El déspota.</i>	103
<i>Contrastes</i>	106
<i>Naufragio del «Reina Regente».</i>	109
<i>El poeta.</i>	112
<i>Á D. Vicente Torres Espejo.</i>	120
<i>El desastre de Cavite.</i>	122
<i>Á los Estados Unidos.</i>	128
<i>El egoísta.</i>	134
<i>A Hernán Cortés en la batalla de Otumba.</i>	137
<i>A Facundo el petulante.</i>	145
<i>A mi padre. Soneto.</i>	149
<i>La opinión pública en estado anor- mal.</i>	150
<i>A la simpática Adriana. Soneto.</i>	154
<i>A Julia</i>	155

Fé de erratas advertidas.

Páginas	Verso	Dice	Debe decir
26	10	maravillos	maravillosa
27	4	Y á si	Y asi
29	19	De poner	Deponed
30	4	fugar	fugaz
32	19	Arena	arena
37	7	gallas	gayas
40	4	gallas	gayas
46	10	halla	haya
58	4	Yena	Jena
64	2	A tus plácidas riberas.	Tus espléndidas riberas.
64	10	cerulia	cerúlea
93	10	sinrazón	sinrazón



Precio 2' 50 ptas.

PUNTOS DE VENTA.

Sres. Orihuela y Magan en Liquidación
Puerta de Purchena.

Don Fernando S. Estrella
Paseo del Príncipe.

ALMERIA

3